

Narciso Campillo: *Correspondencia con Carlos Peñaranda (1871–1893)*, ed. de Marta Palenque y Francisco Toro Ceballos, Jaén: El Ojo de Poe / Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler, 2020, (174 págs.).

Reviewed by **Álvaro Ceballos Viro**, (Liège): Dépt. de Langues et Littératures Françaises et Romanes, Université de Liège, Place Cockerill 3/5, 4000 Liège (Belgique),
E-Mail: a.ceballosviro@uliege.be

<https://doi.org/10.1515/iber-2021-0027>

El sevillano Carlos Peñaranda publicó entre 1871 y 1877 no menos de seis volúmenes de poesía. Fuertes lazos de amistad lo unieron con varios de los escritores más relevantes de su tiempo, entre ellos con Gustavo Adolfo Bécquer; el hecho de haber fungido como funcionario en las colonias ultramarinas hizo que esas relaciones se tradujeran en una nutrida correspondencia. Su archivo, custodiado y engrosado por su nieto Enrique Toral, ya ha dado lugar a varias publicaciones: entre otras, la de las cartas que le remitió Ventura Ruiz Aguilera. La asociación que Toral y su esposa, Pilar Soler, fundaron para gestionar el archivo familiar propicia ahora la edición de las que le envió Narciso Campillo.

Campillo fue catedrático de uno de los dos grandes institutos públicos de Madrid, el de Noviciado, luego llamado «Cardenal Cisneros», nombre que conserva hasta la actualidad. En su calidad de titular de Retórica y Poética, redactó un célebre manual que acompañaría durante muchos años el recorrido de dicha asignatura en la Enseñanza Media española, hasta el punto de que todavía a mediados de la década de los 30 se compuso una nueva edición. Fue asimismo un cuentista ocurrente y un notable representante de aquella escuela poética sevillana que, como escribe José María Cossío, “desoye el fragor del romanticismo, y persevera en las maneras literarias de los Listas y los Reinosos” (*Cincuenta años*, I, 76).

Quien esté algo familiarizado con la literatura española decimonónica sabe que no hay anacronismo alguno en hablar de poesía neoclásica en fechas tan tardías. La crónica periodística de una lectura pública que se adjunta a una de estas cartas da meridiano testimonio de esa pluralidad de gustos lectores a finales de los años 1880: «al que le gusten las saetas de Leopoldo Cano, las críticas de Clarín, o las poesías *trascendentales* de otros varios que no es preciso nombrar, es imposible que le agraden los versos de Campillo, como tampoco le placarán los de Valera o Menéndez Pelayo» (p. 123).

Los epistolarios de escritores constituyen probablemente la fuente más rica y accesible para reconstruir la “vida literaria”, es decir, una sociología de los escritores atenta a sus formas de sociabilidad, a sus tensiones simbólicas y a los

distintos grados de profesionalización. En José Velarde o en Zorrilla comprueba Campillo, precisamente, la imposibilidad práctica de vivir de la poesía (pp. 93, 96), como no sea con grave detrimento de la calidad. Las tribulaciones económicas son uno de los temas más frecuentes en las cartas de los literatos del XIX, y las de Campillo no constituyen ninguna excepción: “Conviene ganar dinero”, sentencia cómicamente, “ya que tan buena maña me doy para gastarlo”. Entre sus gastos se impone en 1885 la necesidad perentoria de *redimir* a su hijo varón del servicio militar (p. 108).

En este sentido, resulta interesantísima la queja, emitida por Campillo, de que ciertos poetas aficionados y acomodados ofrecieran de balde sus originales a periódicos y revistas, devaluando así la actividad literaria y acostumbrando a los editores a remunerar poco y mal ese tipo de trabajos: “es cargante que haya tanto desocupado que escriba gratis por verse en letras de molde, perjudicando a los sastres que cobran sus puntadas” (p. 158). Al mismo tiempo deplora que “la mayor parte de las juntas o sociedades literarias [sean] peseteras y soldadescas” (p. 76): la relación con los patronos del libro solo puede ser comercial, mientras que la relación con los compañeros del oficio no debería serlo.

En este epistolario se habla, y mucho, del Ateneo madrileño, en donde se muñían homenajes, se hacían o deshacían reputaciones y se organizaban opíparos banquetes que no era raro terminasen en monumentales *jumeras*, por decirlo con la sabrosa expresividad del remitente. Solo desde 1882 comenzaron a verse algunas mujeres entre los asistentes a las sesiones de la Docta Casa y, como explican los editores de esta correspondencia, habrían de pasar aún otros dos años antes de que empezaran a subir a la tribuna las primeras intelectuales. Varias de ellas, como Rosario Acuña, Blanca de los Ríos o Antonia Díaz, son convocadas fugazmente por la pluma de Campillo, quien, dicho sea de paso, no ahorra condescendencia con ellas.

Se halla igualmente bien representada en esta colección de cartas la adhesión de su autor al ideario democrático. Campillo, que compartió la dirección de un periódico con Roque Barcia y que “estuvo junto a [Fermín] Salvochea en la junta revolucionaria de 1868” —héroe ambos cantonalistas—, no desaprovecha la menor oportunidad para quejarse ante su lejano corresponsal de los desmanes de la monarquía y de la injerencia de la Iglesia Católica en los asuntos públicos. Uno de los pasajes en los que clama contra la impunidad con la que los sacerdotes podían propalar su ideología desde el púlpito concluye con unas frases proféticas: “Semejantes cosas engendran odios profundos, que a su tiempo estallan. Si vivimos algunos años, lo veremos, y veremos otra nueva guerra civil” (p. 148).

Es cierto que aquellas cosas engendraron odios profundos, y que estos prendieron la mecha de una nueva guerra civil, pero ni Campillo ni Peñaranda vivieron para verla. Su correspondencia —que, por haberse mantenido durante

más de dos décadas, tampoco carece de episodios luctuosos— hará pasar un rato verdaderamente entretenido y provechoso a quienes se interesen por la literatura de la Restauración y, más generalmente, por la historia cultural española. Este tipo de documentación, que no es infrecuente ver ya digitalizada y puesta a libre disposición en repositorios digitales, gana indudablemente al ser transcrita, normalizada, anotada y contextualizada, como han hecho la catedrática Marta Palenque —a quien muy pocos podrán echar raya en materia de poesía decimonónica— y José Toro Ceballos, gran conocedor del patrimonio cultural andaluz (y — conviene aclarar— sin ninguna relación de parentesco con el autor de esta reseña).